

Todos los que caben en el corazón

Guayacanal

WILLIAM OSPINA

Literatura Random House, Bogotá,
2019, 256 pp.

AFANADOS POR la proximidad de la muerte, dos hombres hacen planes para realizar un viaje a la tierra de su infancia. Lo que al principio pareciera ser una novela de carretera se convierte pronto en un descenso a los orígenes, en un ir y venir de generaciones por la cordillera, y sobre todo en un recuento de la historia convulsa de Colombia. No la historia de los grandes personajes, sino la que atraviesa el día a día de la gente, la historia que viaja de boca en boca, las anécdotas que sobreviven al relevo de las generaciones.

La novela lleva el nombre de la finca de los bisabuelos de William Ospina: Guayacanal. Sin duda se trata de una obra muy personal, aunque el autor preferiría que no se la leyera como un libro de memorias o una autobiografía. La última página contiene una única frase de tintes nostálgicos y contundente laconismo: “Este libro es una novela. Todo lo que se cuenta en él, si fue verdad alguna vez, ahora es un sueño, y todos cuantos habitamos en él seremos sueños”.

La manera en la que los eventos se van desplegando en la narración, yendo y volviendo en el tiempo, provoca en el lector el anhelo de arribar al final a un destino que no se sabe nunca si se encuentra en el pasado o en el futuro, si será dichoso o si será trágico. William, el personaje, nos lo advierte en las primeras páginas:

Lo cierto es que empecé a convenirme de que ir a Manzanares era imposible para mí, y hasta agravé el asunto presumiendo que si el camino se cerraba de un modo tan persistente era porque no me convenía: algo malo iba a ocurrirme si lo intentaba. Por eso, cuando Mario me propuso que pasáramos por Manzanares, lo primero que dije es que no iba a ser posible, pero al final se me atravesó una idea salvadora [...] llegar a Manzanares como viniendo de Antioquia, en realidad como vinieron mis bisabuelos hace ciento treinta años.

Leyendo *Guayacanal* tuve la grata sensación de haber sido invitado por William Ospina a conocer a su familia, a visitar el Tolima de su infancia, el Manizales de sus ancestros, el Cali de su adolescencia. Con frecuencia me enterneció la manera en la que mi guía se emocionaba reviviendo el pasado y conversando con sus protagonistas, los que aún viven y los que no, viejos memoriosos, tíos, primos, amigos, abuelos, bisabuelos, la tierra misma. “Yo intentaba contarle a mi amigo que, entre las violencias de la colonización y la violencia del medio siglo, en esas tierras hubo setenta años de paz”, dice el narrador, preocupado por justificar la alegría con el que uno de los memoriosos testigos, Liborio, rememora la vida en Guayacanal. La paz a la que se refiere no es una paz absoluta, ni mucho menos. Más bien se trata de la posibilidad de la alegría en medio de un remolino ciego de violencia que no cesa y está siempre cambiando de rostro, siempre dispuesto a echarlo todo abajo. Hay mucha alegría en la novela, sí, pero abundan también las amenazas de muerte, los asesinatos, los tiros, los machetazos. Tanto en las historias de los bisabuelos, los abuelos, los padres, como en las del narrador mismo, el continuo trasegar lo impone el deseo urgente de recuperar algo perdido: la memoria, la ingenuidad, la identidad, el nombre, los tesoros de seres extinguidos.

Guayacanal nos recuerda (y creo que ese es su principal objetivo: plantarle cara a la inminencia del olvido) el lento y dificultoso encuentro de las distintas regiones de Colombia. El viaje a Manzanares que hace las veces de hilo conductor del relato se refunde pronto en el camino (como suele ocurrir en los mejores viajes); de ahí que el recuento termine supeditado al azaroso devenir de la memoria y a la inercia del tiempo. El relato sobrevuela varias generaciones y la profusión de nombres hace que los rostros y las historias se confundan. Poco importa, de por sí las anécdotas son lo suficientemente interesantes y están tan bien presentadas que no hace falta mayor cohesión entre ellas, tal y como ocurre cuando las familias se reúnen a rememorar otros tiempos. De hecho, si bien en los primeros capítulos se busca generar tensión dejando los finales en punta, más adelante el

narrador abandona la estrategia y dispone los hechos sin tanta maroma, con la espontaneidad de quien va hablando según las cosas se le van ocurriendo. El capítulo 6, por ejemplo, empieza con el relato de una parada que hacen los viajeros en La Italia para preguntar si la cruz que vieron en la carretera marca el lugar en el que las tropas de Desquite, un bandolero mencionado en capítulos anteriores, mataron a garrotazos, decapitaron y descuartizaron a más de cuarenta personas un día de 1963. De eso el narrador pasa a evocar la llegada de sus ancestros al Tolima desde Antioquia en el siglo XIX, luego recuerda un viaje que hizo él a Rumania en 1997 y, tras mencionar la obra de Juan de Castellanos que estaba leyendo en aquella época, desemboca en el recuento de una batalla del siglo XVI en Santa Águeda del Gualí, en la que un jefe guerrero llamado Yuldama venció y dio muerte al adelantado Hurtado de Mendoza, sobrino de Gonzalo Jiménez de Quesada.

Algunos pasajes de la novela son un tanto pintorescos y traen ecos del universo que plasmó casi hasta el agotamiento Gabriel García Márquez: hay hombres alucinados y matriarcas sufridas, bellezas virginales, espectros, aventureros y curas, soldados, bandidos y máquinas prodigiosas. En otros, prima el esfuerzo por escribir desde la vida más que desde los libros. Es precisamente en los segundos donde se hace evidente la singularidad de la experiencia y donde la obra toma más vuelo.

La conciencia de la transitoriedad de la vida y la fragilidad de la memoria justifican la novela que, sin ser muy dilatada, demuestra ser inagotable. En el capítulo 18, volviendo de Manzanares, el narrador y otros catorce viajeros deciden hacerle una visita a la anciana Teresita, pariente suya que vive sola a orillas del Guarinó. Teresita no los está esperando y aunque su casa es muy pequeña no duda en ofrecerles albergue. “Me conmovió que alguien sintiera todavía que en una casa caben, por pequeña que sea, todos los que caben en el corazón”, dice el narrador refiriéndose a la anciana. Lo mismo podría decirse de la entrañable generosidad con la que la novela acoge a sus lectores.

Santiago Cepeda